

Crónicas de las guerras muertas y homenaje a los antecesores de un excelente periodista



LA REVANCHA DEL REPORTERO

Plàcid García-Planas. 204 Páginas. Diéresis. Precio: 20 euros.

Plàcid García-Vargas es un magnífico periodista de *La Vanguardia* que escribe, haciendo honor a su nombre, con una enorme placidez y con una atrayente mezcla de consumado literario y avisado y perspicaz reportero. El libro constituye un emocionado homenaje a siete reporteros del diario catalán que, muchos años antes que él –de 1893 a 1996–, viajaron por distintos puntos del mundo –del norte de África a Indochina– con el objetivo de relatar para los lectores del veterano diario los conflictos bélicos que entonces se

producían en esos recónditos y no tan recónditos lugares. Para García-Vargas el libro “es un regreso”: un regreso compulsivo y ciertamente algo inexplicable. Porque “¿acaso tiene explicación”, dice el autor, “que los campesinos del Kaimakchalan den el grano a sus gallinas servido en cascos del soldado del káiser? ¿Tiene explicación que los niños de Prilej jueguen al fútbol sobre los cuerpos de miles y miles de soldados alemanes? ¿Tiene explicación que esos niños vayan arrastrando lápidas para marcar porterías?”. No. Claro que no. nada que provenga del terror y la tragedia de una guerra tiene sentido. Es un libro escrito con pasión y con elegancia. Es un libro un tanto raro pero hermoso. Es un libro del que el propio autor no sabe la razón del título. Pero ahí está.

Plàcid García-Vargas inicia su peregrinaje tras las huellas de sus antecesores en Melilla desde donde, en 1893, José Boada y Romeu, narra para *La Vanguardia* los horrores de una estúpida guerra provocada por la construcción de un fuerte español, conver-

tido hoy en un centro de acogida para niños magrebíes desde el que se ve un elegante campo de golf y el muro de la ciudad. Fue una guerra que contó, tal como apuntó García-Vargas, con todos los ingredientes del “choque de civilizaciones”: las provocaciones yihadistas, el intencionado y retador bombardeo de una mezquita, la celebración de una misa católica (siempre haciendo amigos) frente a sus ruinas, la expulsión masiva de judíos y las consiguientes –y tan bien aceptadas hoy día por Occidente– masacres colaterales. El corresponsal de entonces parecía disfrutar con las provocaciones y las masacres pero contado por Vargas hasta casi se le puede disculpar. Eran otros tiempos, claro.

El autor sigue los pasos, después, del magnífico Gaziél, seudónimo de Agustí Calvet, uno de los periodistas que mejor y con más sentimiento y maestría relató los avatares y tragedias de la Primera Guerra Mundial y uno de los pocos intelectuales españoles que no soportaba los devaneos fascistoides de Ortega y Gasset. Era, Gaziél, un “sage”, como decía Josep Pla, es decir, un sabio. Las páginas que Plàcid García-Vargas dedica a las crónicas de Gaziél, son una auténtica delicia. Porque si los comentarios de Gaziél constituyen un auténtico placer no lo son menos los de este joven reportero que traslada la tragedia de antaño a la tranquilidad actual. Dice en una de las páginas: “El corresponsal de guerras muertas lle-

ga al macizo de Thiescourt con intenciones resignadamente cacofónicas: captar entre los árboles y la soledad el ‘interesantísimo’ estupor interno que sintió Gaziél”. Vargas se traslada con inusitada facilidad y con gran encanto literario de una época a otra sin que apenas nos enteremos. Y lo consigue gracias al trato delicado que otorga a los textos de sus antecesores y al conocimiento del terreno que pisa y que pisaron muchos años antes los corresponsales de *La Vanguardia* protagonistas de esta obra.

Llega el peregrinaje al capítulo 3: “Un soplo de optimismo atravesó a los aliados en septiembre de 1915: la ofensiva en la Champaña parecía debilitar las líneas alemanas. pero la esperanza se derrumbó en octubre: Bulgaria rompió su neutralidad y se arrojó en brazos de los imperios centrales para borrar Serbia del mapa y unir en línea recta Berlín y Constantinopla. Una irresistible tentación para los corresponsales de *La Vanguardia* en los frentes de Francia y Alemania –Gaziél y Enrique Domínguez Rodiño–, que se lanzaron de lleno a los Balcanes”. Como se lanzó, unos cuantos años más tarde este otro corresponsal de hoy para transmitir el horror de hoy, tan similar al de antaño. Siempre el optimismo parece quedarse en un soplo. ¿Qué pasará hoy con Serbia y Kosovo?

Fue Enrique Domínguez Rodiño quien en febrero de ese mismo describió como el fin del mundo la segunda batalla de los Lagos Masuria-

nos donde el horror predominaba sobre cualquier otra cuestión. Fue una espeluznante batalla entre alemanes y rusos cuyos protagonistas principales fueron la muerte, el frío, el hambre y la desesperanza. Vargas también lo recuerda con maestría.

Hay un capítulo que incita, más que el resto, al afecto, o la compasión, por un sufrido corresponsal de guerra. Cuenta Vargas que, allá por 1936, en plena Guerra Civil española, *La Vanguardia* decidió que su enviado especial al frente de Aragón –allí donde el leonés Buenaventura Durruti mandaba las tropas que luchaban contra el fascismo–, un crítico de cine, joven, impulsivo y admirador de los dibujos animados estadounidenses. Su héroe, según relata Plàcid García-Vargas, era ¡Félix el Gato! Y viajaba por la zona de guerra conduciendo uno de esos antiguos Citroën Rosalie que le llevó a admirar las heroicidades de la columna Durruti. Era un tipo feliz que se llamaba Francisco Carrasco de la Rubia que realizó su trabajo con denuedo y alegría sin saber “el trágico final que le deparaba el destino”, tal como dice Vargas. Mejor no lo contamos. El autor del libro viajó por aquellas tierras y deja constancia, en su obra, de la histórica solidaridad y humanidad de Durruti. También cuenta –Vargas–, el trágico final del crítico de cine metido a corresponsal de guerra pero mejor leerlo en este estupendo libro que contarle aquí, en esta humilde reseña.

Plàcid García-Vargas sigue su via-

je de corresponsal recordando a Carlos Sentís, otro fenómeno del periodismo español. Captó como nadie guerras, hechos sociales y eventos políticos. Fue amigo e invitado de Charles de Gaulle. Siguió, políticamente, a Frances Cambó y fue el único periodista español que asistió al juicio de Núremberg y uno de los primeros de todo el mundo que entró en un campo concentración. Entrevistó a muchos personajes famosos, entre ellos a Josephine Baker. Hay quien dice que, incluso ‘ligó’ con ella. Cuando, hace muchos años, me contaron eso –que ni siquiera se sabe si es verdad–, comenzó mi admiración hacia Sentís. García-Vargas parece que también que siente admiración por éste, uno de sus antecesores. Y así se deduce del hermoso capítulo que dedica a Carlos Sentís, del que también se llegó a decir que sentía algunas simpatías por los nazis.

Y sigue el trayecto, a través de los años y los escenarios de antes, adaptados a la pluma, la magnífica pluma de García-Vargas, hasta 1968: llegamos a Vietnam: “Se elevan los aviones y se dejan caer en vertical para precisar el blanco. Luego pasan, entre densas columnas de humo, para ametrallar las posiciones. Así una hora tras otra. Y los guerrilleros del Vietcong siguen allá...” Quien así se expresa es Javier María de Padilla, enviado a aquella sangrienta invasión de Estados Unidos. De nuevo, como casi en todos los capítulos del libro, Vargas hace bue-

no al corresponsal. Y luego viene Líbano. “Nadie puede explicar Beirut, aprehenderlo, fijarlo en una cartulina como fija el entomólogo un insecto raro con una aguja”. Quien esto escribe es Tomás Alcoverro, el periodista occidental que más tiempo ha estado en aquellas tierras. Es un corresponsal de estos tiempos. Otro corresponsal al que Plàcid García-Vargas eleva a la categoría de sublime. Gran trabajo de Vargas. Reconozcamos que, salvo a Gaziél y a Sentís, no conocíamos a tan excelentes y, en algunos casos, peculiares corresponsales. Pero ahora sí, gracias a Plàcid García-Vargas, el excelente corresponsal de *La Vanguardia*. Y magnífico escritor.

Libro de estilo para correos electrónicos o cómo no meter la pata con excesiva frecuencia



ENVIAR

David Shipley y Will Schwalber. 240 Páginas. Taurus. Edición española: Alberto Gómez Font. Precio: 15,95 euros.

Un libro divertido y muy útil escrito y realizado por dos periodistas estadounidenses y, probablemente ideado para sus compatriotas. Sólo así se explica que, a pesar de

Emilia Pardo Bazán, periodista de hoy

Edición, estudio y notas, Carlos Dorado; 142 páginas.

Textos, hasta la fecha prácticamente desconocidos, de una de las primeras mujeres comprometidas con el oficio periodístico en un mundo entonces hostil para dicha causa.

Emilia Pardo Bazán

Periodista de hoy

Edición, estudio y notas:
Carlos Dorado



APM

su utilidad y diversión se incluyan tantas estúpidas obviedades. Ya se sabe que los libros de ayuda y los folletos de instrucción de cualquier aparato hechos en Estados Unidos son susceptibles de optar al premio de la más supina idiotez. En este caso hay de todo y lo obvio se complementa con lo instructivo. Además es de suponer que la edición española, asumida por Alberto Gómez Font, es considerablemente mejor que la original, simplemente por el hecho de ser Gómez Font el responsable.

Este libro es como una montaña rusa o como la vida misma con sus picos y sus valles. De pronto parece que uno ha descubierto una regla, una advertencia, una matización o una sugerencia que le servirá para que sus correos electrónicos sean, o al menos parezcan, serios, creíbles y relativamente bien escritos, además de correctos y educados; pero unas líneas más adelante el sentimiento yanqui que anida calurosamente en este tipo de libros nos transporta a la realidad: realmente lo que estoy leyendo y los consejos son una estupidez. La típica estupidez norteamericana. Y lo es, efectivamente. Pero un poco más adelante la percepción se distorsiona de nuevo y la acogida al texto es bien diferente. En algunas páginas se da con aquellas características del inicio: utilidad y diversión. En efecto, y por ejemplo: lo que los autores denominan los ocho pecados capitales del correo electróni-

co o sea, lo que, más o menos, hay que evitar. A saber: 1. El correo electrónico tremendamente impreciso (“Acuérdate de hacer eso que hablamos”). 2. El correo electrónico tan ofensivo que te hace levantar de tu mesa como movido por un resorte. 3. El correo electrónico que te lleva a la cárcel. (“Por favor, díles que te pedí que vendieras eso cuando alcanzara los 70 dólares”). 4. El correo electrónico cobarde. (“Así están las cosas: estás despedido”). 5. El correo electrónico que nunca desaparece. (Re: Re: Re: Re: Re: Re: Re: tal cosa.) 6. El correo electrónico ta sarcástico que te hace sentir realmente incómodo. (“Estuviste muy, pero que muy suelto con aquel asunto”). 7. El correo electrónico demasiado informal. (“¡Eh tú! ¿Alguna noticia de lo de las admisiones?”.) y 8. El correo electrónico que resulta inapropiado. (“¿Quieres venir a mi habitación de hotel a discutir esa cuestión?”.)

Claro que, a pesar de su comodidad y rapidez también existen, según los autores del libro, poderosas razones para preferir la no utilización del correo electrónico. Razones poderosas quizá más comprensibles para los norteamericanos por su general sentido estúpido de la vida y su tendencia a creerse casi todo aquello que no tenga nada que ver con la realidad. También se exponen seis razones, seis, para enviar una carta en lugar de un correo electrónico y es este uno de esos apartados del libro en el que

lector se puede preguntar varias cosas: una, qué diablos hace leyendo semejante idiotez; dos, si le habrán tomado a él, que no es norteamericano, por estúpido; y tres quién le mandaría gastarse 16 euros en semejante bodrio. Pero no hay que desfallecer. Unas páginas más adelante este sentimiento autoinculpador cambia y retornan la utilidad y la amenidad.

Uno de los más interesantes apartados se dedica a la instrucción para lograr escribir un mensaje casi perfecto. Y así aprendemos que hay que elegir las palabras adecuadas, evitar las faltas de ortografía, cosa que como se evidencia hasta en los más pretendidamente serios periódicos es imposible. No todo el mundo es capaz, ni mucho menos, de escribir sin faltas de ortografía. El respeto por las más elementales normas gramaticales es otra de las cuestiones que contribuyen a perfeccionar un correo electrónico. Pero claro, hoy día, semejante pretensión es ciertamente dificultosa. A los medios de comunicación nos remitimos. Se recomienda asimismo la utilización de párrafos cortos y una puntuación correcta y dosificar el desparrame de mayúsculas.

No está mal el libro a pesar de sus obviedades. Claro que para determinado tipo de individuos, por ejemplos algunos de los periodistas que aporrean teclados por distintas redacciones, algunas obviedades deberían ser reglas de inexcusable y obligado cumplimiento. ➡

La mirada del periodista

Jon Lee Anderson, 80 páginas.

El volumen contiene un perfil del Rey publicado por el autor en *The New Yorker*, la intervención del reportero en el VI Congreso Nacional de Periodismo Digital y una reflexión sobre la necesidad de revisar la historia.

